

# TEMA

## GEOGRAFÍA, ESPACIO Y PODER

*Luisa M.<sup>a</sup> Frutos Mejías*

Cualquiera que sea la definición de «espacio geográfico» que utilicemos, desde la más clásica a la más moderna o radical, en todas ellas subyace el considerarlo como área de convergencia de fenómenos —hechos físicos o naturales y hechos humanos o sociales— que en permanente interacción dinámica nos muestran el carácter diverso y cambiante de la superficie terrestre.

Pero el entendimiento de la geografía como ciencia social, concepto acuñado ya en las primeras décadas de este siglo pero cuyo contenido se ha perfilado recientemente, nos lleva a considerar ese «espacio geográfico», resultado de múltiples conexiones, como algo pasivo, donde el grupo social actúa, modificando el orden previo a la instalación humana o el de anteriores sociedades, sin considerar si cada actuación del hombre sobre ese espacio condicionará la siguiente. Mentalmente ese concepto de «espacio» como campo de acción se restringe al «espacio geofísico», cuya evolución es, por lo común, lenta a escala humana, que ofrece recursos y posibilidades e impone limitaciones, cuyas distancias hay que salvar y se miden en tiempo de recorrido y cuya ocupación y puesta en valor depende de la organización social y el alcance de las técnicas del grupo que lo ocupa.

Sin embargo ese soporte material en el que el hombre se instala juega un papel activo, que va más allá de la consideración posibilista o determinista, de la economista o «behaviorista», y que está fuertemente imbricado en la dinámica del conjunto social que se ha instalado en él. La interacción antes aludida modifica permanentemente la relación espacio-sociedad de tal manera que si aquel es fruto de ésta, la misma actuación futura de ésta queda condicionada por las modificaciones introducidas en aquel. Dicho de otro modo, de como los hombres organicen su espacio geográfico, considerando la naturaleza y las obras humanas, depende su vivir diario y el de las generaciones siguientes.

Las sociedades se organizan de modo coherente y jerarquizado desde la fase inicial en la que se instalan en un territorio e intentan dominarlo. Las estrategias de actuación del grupo humano sobre ese espacio aún no humanizado quedan patentes en cuantos «documentos» primitivos conocemos, en los que podemos «leer» mitos, ritos y magias cuyo fin último es la obtención de recursos para la pervivencia del grupo, y cuyo secreto detenta pronto una «clase dirigente», conocimiento que le permite acceder al poder. Ciertamente esto es una visión esquemática, pero sirve de punto de referencia para afirmar que, desde el origen de las sociedades, para organizar y

controlar el espacio sobre el que los hombres se asientan, lo que incluye sus recursos, es preciso tener un cierto entendimiento del mismo, bien sea intuitivo y empírico o científico. Esto permite saber que existe una influencia mutua entre las obras humanas realizadas sobre él, los usos propuestos y la articulación resultante, y la organización misma de la sociedad presente y futura, aunque no siempre pueda determinarse el grado de tal interdependencia.

En una sociedad moderna el territorio organizado por un grupo humano es el Estado y el conocimiento de su estructura se plantea en un doble plano: en las relaciones internas, que le dan cohesión, expresadas en vías de acceso a los espacios comarcales y regionales, posesión o dominio sobre los recursos, etc., y en las relaciones externas, con otros Estados o con otros espacios del planeta, con los que existen nexos de dependencia o entente, necesidad de dominio por su carácter estratégico en el control de los flujos de bienes o de una determinada materia prima, etc. En cualquiera de los casos, conocer los elementos que componen esos espacios y su interrelación es el primer paso para su dominación. No es, por tanto, extraño el celo que príncipes y dirigentes han puesto, a lo largo de la historia, en conseguir un conocimiento preciso de su propio Estado y de otras partes del mundo sobre las que tenían intención de actuar. Y siendo la Geografía ciencia que estudia los componentes de los espacios concretos de la superficie del planeta, su génesis, organización, funcionalidad y conexión, y los «escribe» o cartografía, se convierte en un imprescindible saber estratégico.

Un número importante de trabajos geográfico-históricos se han realizado bajo el mecenazgo de las clases dirigentes. Buena parte de la obra de Herodoto, Estrabón o Varenius está dedicada a aquellos que iban a utilizarla para construir el Estado, directa o indirectamente, mediante el control de los recursos o las vías de paso o el dominio del comercio, en la guerra o en la paz. Ritter puso de manifiesto, entre muchas otras cuestiones geográficas, la importancia estratégica de los accidentes topográficos y ésta fue una de las razones que le permitió acceder como profesor a la Escuela de Estado Mayor de Berlín. Toda la cartografía moderna, en fin, se crea con la protección o el impulso oficial, especialmente desde la creación de los Institutos Geográficos del siglo XIX.

## LA ACTITUD DE LOS GEÓGRAFOS ANTE LOS FENÓMENOS DE DOMINACIÓN DEL ESPACIO

Los párrafos escritos hasta ahora son un largo preámbulo que permite poner de manifiesto un hecho que en las últimas décadas ha entrado en el campo de interés de los geógrafos, especialmente en el de algunos grupos de esta comunidad científica. Podemos preguntarnos si realmente esta inquietud es nueva o si lo original es la manera de abordar las relaciones entre el poder y el espacio y sus repercusiones en el conjunto de la sociedad, si los geógrafos se han preocupado anteriormente de considerar el espacio geográfico como un elemento «inseparable de la dinámica de los intereses y de las opciones estratégicas de los grupos que, con sus diversas capacidades de actuación y con sus efectivas relaciones, articulan el proceso económico

y sociales en los que el espacio se encuentra activamente integrado» (ORTEGA, 1979).

Puede ser oportuno, antes de seguir adelante, señalar que la Geografía política se define como una rama de la Geografía Humana cuyo fin es el análisis de esas relaciones de poder en su repercusión espacial. A un tiempo será lícito que el estudiante español que cursa la especialidad de geografía pregunte, con asombro, si tal rama geográfica existe o si no es, más bien, un «fantasma» de otras épocas, ya olvidado. Y habrá de responderse al estudiante curioso que más que un fantasma, la Geografía Política es una rama «maldita», proscrita y por ello eliminada de los currícula de la mayor parte de las Universidades europeas, pero eso no quiere decir que no fuese hace algunas décadas una vía de investigación pujante lo que demuestra que los geógrafos no han ignorado la enorme importancia del conocimiento estratégico del espacio y de las relaciones de dominación entre la clase dirigente, la sociedad y la organización espacial o territorial. Las investigaciones geográficas en las que se perseguía desentrañar la relación de fuerzas que configura el espacio terrestre y el papel real que éste tiene en tal confrontación, en las que se pretendía poner de relieve quién y cómo se domina el espacio y qué poder proporciona ese dominio, condicionando los cambios futuros, dieron lugar al nacimiento de la Geografía Política. La actual preocupación por estos problemas no es, por tanto, algo nuevo, aunque se aborden estos problemas con puntos de vista distintos y, sobre todo, con distintas ideologías. Quizá una de las más importantes adquisiciones sea la de dar al espacio un protagonismo dinámico que antes no se consideró y plantear la existencia de lazos muy estrechos entre lo que el hombre hace o deshace en tal espacio y lo que, a partir de aquí, esa misma organización espacial resultante de su dominio le permita hacer, cuestión a la que ya se ha aludido y se tratará con más detalle después.

Llegados a este punto, antes de abordar los contenidos clásicos de la Geografía Política, su crisis y la puesta en marcha de nuevo con otros enfoques, conviene dejar claro que a lo largo de estas páginas no se pretende emitir ningún juicio de valor sobre cualquiera de los fines de un sistema político cuyas concepciones socioeconómicas le han de conducir a determinadas estrategias de actuación en el espacio. Se trata sólo de llamar la atención sobre las fuertes implicaciones que cualquier decisión política sobre el espacio tiene para el grupo social. Por lo demás a unos puede parecer legítima la aspiración capitalista de un elevado nivel de vida individual y colectivo, basado en la propiedad privada y la competitividad y es no menos legítima la aspiración socialista de una igualdad en el reparto de esas adquisiciones, sin explotación de una clase por otra. Es, así mismo, legítimo el deseo de independencia de los Pueblos y la ambición de los Estados de consolidar su dominio. Pero todo ello pone en evidencia la estrecha relación entre ideología y articulación del espacio, pues en cada caso los objetivos serán distintos y se traducirán en distintos modos de dominación del espacio, lo que en absoluto es neutro y siempre supone que una élite política —y en la mayor parte de los casos económica— con poder de decisión conferido por derecho y acumulación de riqueza o por la fuerza, sea la que lleve a cabo la organización de ese espacio, orientada a la consecución de esos fines, siendo su resultado la explotación o conservación de recursos naturales, la parcelación y puesta en valor de las tierras, la redistribución de la población, el trazado de determinadas vías de comunicación, el acotamiento de espacios de usos específicos, in-

dustriales, militares, etc., o quizá el expansionismo derivado de la orientación hacia un crecimiento económico y poblacional, como en el caso de las «regiones activas» de Brunhes (1928).

No siempre el geógrafo es consciente de la importancia que tiene transmitir esta actitud ante el conocimiento de la organización del espacio, siendo una de sus funciones sociales enseñar a conocer como se estructura un territorio y que supone cualquier acción de modificación de esa estructura, cuyas repercusiones afectarán siempre a la población presente y futura. Ciertamente la aproximación de los intereses de todos los componentes del cuerpo social y el conocimiento generalizado del papel que juegan las actuaciones sobre el área en que habitamos permitirían marchar al unísono, sin tensiones internas, a una sociedad dentro de un Estado. Igualmente la utopía de una unidad de ideas e intereses a escala mundial supondría la armonía en la paz, aunque esta paz no signifique estatismo, sino «lucha permanente», entendida como cambio perenne, puesto que si es posible que exista un conjunto de sociedades en paz, esto no tiene por qué identificarse con reposo (BRUNHES y VALLEUX, 1928). No obstante, la realidad es otra. Si aceptamos que el cuerpo social está dividido en tres clases: la dominante, la productiva y un eslabón intermedio de cuadros y mandos (SÁNCHEZ, 1981), seremos conscientes de que la clase productiva ignora, habitualmente, la importancia que tiene cualquier planificación del espacio en su propio futuro y en el de la sociedad. Y es deber del geógrafo el significado del poder sobre el espacio terrestre y su contenido natural y humano, marco de vida y acción de las sociedades, reflejo y fruto de su propia organización y la dialéctica permanente entre la dinámica social y la espacial.

## LOS PRESUPUESTOS, CONTENIDO Y CRISIS DE LA GEOGRAFÍA POLÍTICA «CLÁSICA»

Indagar cómo nace y porqué se abandona una rama con un objeto tan nítido como es la Geografía Política resulta ilustrativo para entender muchas cuestiones de la actual posición del geógrafo en la sociedad.

Cuando a partir de 1870 —fecha «oficial» del evento— la Geografía se consagra como ciencia moderna, Europa acaba de salir de un conflicto bélico en el que los conocimientos geo-estratégicos de los alemanes habían jugado un papel, a juicio de los franceses, esencial. A un tiempo los nacionalismos expansionistas de los nuevos Estados ponen de manifiesto la necesidad de aglutinar a la población tanto con la creación de lazos de interés económicos cuanto psicológicos, para lo cual la Historia y la Geografía, afirmando la personalidad de los pueblos y sus territorios, podían ser muy valiosas. Cualquiera de las investigaciones geográficas sería útil para ese empeño con tal que cumpliera sus objetivos científicos de indagación sobre el reparto de los hechos físicos y humanos en la superficie de la tierra, en combinaciones bien diferenciadas. Pero de un modo más preciso la Geografía de la Historia o Geografía Política y Social es la que se orienta a ese cometido, orientándose al estudio de los Estados e investigando las causas geográficas de su grandeza. No se trata en este caso de describir, explicar, descubrir como es un Estado, como fragmento de la cor-

teza terrestre ocupado por el hombre. De ello ya se ocupan diversas ramas geográficas. No se trata tampoco de abordar su conocimiento desde una óptica histórico-filosófica. Para eso hay otros doctores. Su objeto es comprender la influencia geográfica de los «hechos de poder» y, a un tiempo, el poder que confieren determinados hechos humanos —espaciales y, en suma, el peso de la *posición* de un Estado en el mundo— la «posición estratégica»— y dejar patente que «los hombres, al hacer Historia en la Tierra, hacen también Geografía» (BRUNHES, VALLEUX, 1928) por cuanto cualquier acción política o social sobre el espacio, hecha en el pasado, es condicionante de la articulación de ese territorio histórica y actual.

Con ese objeto es tratado el tema por geógrafos como Ratzel, Reclus, Vidal, Mackinder, Valleux y otros, en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, aunque la sistematización inicial de la Geografía Política se debe a Ratzel. El geógrafo alemán busca, con ello, precisar el papel de los hechos políticos en la fragmentación del espacio e insiste en el sentido de ese espacio, que constituye un dato irreductible de comportamientos colectivos (el «Raumsinn»). Su influencia en el primer tercio de nuestra centuria es enorme, derivando hacia lo que el sueco Kjellen denominó «Geopolítica» que, como señala Henning, «quiere ser la consecuencia geográfica del Estado», cuya tendencia consagró Haushofer, al convencer de la utilidad de sus ideas a los dirigentes del partido nacional-socialista, Hess y Hitler. (RATZEL, 1897; KJELLEN, 1916; GOTTMAN, 1952; VON VAKLENBURG, 1957; CLAVAL, 1974). Los frutos de esta Geografía Política aplicada se recogen en el periodo de entreguerras, con tan nefastos resultados que confirman la categoría política e ideológica que puede conferirse al espacio, en estrecha relación con su carácter económico y social.

Como secuela científica y académica de la confrontación mundial de 1940 —aunque no la más espectacular, desde luego— la Geografía Política o Geopolítica desaparece como materia de estudio de los curricula de las Universidades europeas, cayendo en «el descrédito...lanzado sobre ella por los desafortunados creadores de la Geopolítica...lo que ha evitado que los geógrafos investiguen sobre este sujeto» de modo que «la Geografía ha dejado de lado largo tiempo los hechos de dominación...las relaciones de subordinación, de autoridad, de influencia» (CLAVAL, 1976). Quizá sea cierto que, tras un inicio prometedor, la geografía Política se comprometió en «aventuras dudosas» y no entró a fondo en los hechos de poder y autoridad, como Claval afirma, pero el «lapsus histórico» que llevó a los geógrafos a marginar este enfoque, confundiendo —como tantas veces— ideología y ciencia, métodos y contenido, confinó todavía más el saber geopolítico y geoestratégico en los centros de poder, no sólo político —Estados Mayores y Gobiernos—, sino económicos —multinacionales—, mientras se cultivaba una Geografía Humana sin compromiso político alguno, porque así debía ser «la ciencia cultivada por los espíritus liberales y democráticos de la Europa civilizada» (VICENS VIVES, 1972), ofreciéndose a los estudiantes como un saber monótono y aséptico, neutro y aburrido, donde se describía y se intentaba explicar el espacio terrestre a través de las «síntesis regionales» dificultosamente imbricadas, espacio-soporte de hechos humanos, resultado poco claro de una evolución histórico-técnica, y de hechos físicos regidos por leyes naturales no siempre aplicadas con rigor en el análisis. Como contraste, al público en general se presentaba como un atractivo espectáculo de paisajes y gentes exóticas. En ninguno

de los dos casos se abordaban, habitualmente, problemas de dominación (LACOSTE, 1977).

Puede decirse, en suma, que como reacción al uso indebido de una ciencia y a sus resultados, se escamotea, con una postura típica del avestruz, el conocimiento del papel que tiene la política en la organización del espacio y éste en la política y ambas cosas a un tiempo en el desarrollo futuro de la humanidad.

Planteemos ahora cual era el contenido asignado a la Geografía Política. Una lectura desapasionada de cualquiera de las obras de las primeras décadas de esta centuria, incluso las más científicas, pone de manifiesto el interés prioritario por los análisis de los Estados. Sírvanos de guía y ejemplo el texto, espléndido en muchos aspectos por su riqueza de matices y sugerencias, de Brunhes y Vallex, «Geografía de la Historia», escrito en el período inmediatamente posterior a la Guerra Europea de 1914-18. Ambos autores, geógrafos franceses, pertenecen a la escuela de Vidal de la Blache, que, sin desarrollar este enfoque a fondo, plantea ya en su «Tableau de Géographie de la France» la importancia de las fuerzas humanas que organizan un territorio con un concurso sistemático (VIDAL, 1903). Pero acusan igualmente la influencia de las ideas de Ratzel sobre estas cuestiones, si bien le dan su enfoque propio, en buena parte impregnado de los deseos pacifistas de la posguerra, como ponen de manifiesto en la dedicación de su trabajo «a todos los que quieren crear una o varias Asociaciones de Naciones, fuertes y leales, fundadas sobre las realidades de la Geografía Política y no se aventuran a ejercer, bajo la apariencia engañosa de las palabras, una insoportable tiranía en provecho de los más ricos».

Partiendo del análisis de «las expresiones de poder de...los tipos diversos de fortísimas sociedades políticas» y dando importancia a los hechos de «fijación y movilidad» y a los «políticos y territoriales» abordan tres temas específicos que consideran vitales para el Estado: su carácter de Territorio, el papel de las fronteras y las redes de caminos y la situación de la capital.

Respecto del primer punto, afirman que el Estado se compone de «una fracción humana y una parte del *territorio*», siendo los medios de consolidación de un Estado los hechos de fijación territorial (medio físico, población), y de movilidad (migraciones), cuya dialéctica crea tensiones y contradicciones, zonas activas y pasivas. En todo caso exponen la teoría de que «a medida que las sociedades tienden...a consolidar la arquitectura del Estado, éste, administrador y legislador, se reviste de tal poder que la sociedad política tiende a gobernar...por encima de los hechos económicos y sociales...sea para confirmarlos y consolidarlos, sea para contradecirlos y falsearlos». Las dimensiones del territorio juegan un papel importante en esta consolidación, aunque no determinante, rebatiéndose aquí las ideas ratzelianas sobre Megaloestatismo o necesidad de un vasto territorio para consolidar un Estado potente, teoría a la que enfrentan la de Microestatismo, sobre cuya base defienden la independencia de los pequeños Estados rodeados de otras potencias: si el territorio es reducido, su tensión vital, originado en la afluencia de nuevas fuerzas de diferenciación, no gana en extensión, sino en profundidad, incrementando el valor proveniente de sus recursos y de su *posición*. Las ideas expansionistas subyacen, no obstante, en estos conceptos.

En relación con el papel que desempeñan las fronteras, son consideradas como una ancha franja territorial donde se acumulan hechos políticos, como fruto de una

concepción reciente de consolidación del Estado, concepto que supera el de frontera-tierra de nadie, medieval, que era un vacío protector mal organizado. El carácter de frontera de los hechos naturales no parece defendible, en esta concepción de la Geografía Política de primeros de siglo, a no ser que indique «un conjunto de leyes naturales y sociales en las que se determina, ligándose estrechamente a las otras fuerzas, la voluntad colectiva de la sociedades políticas». Las fronteras modernas estables marcan un equilibrio entre dos fuerzas, pudiendo hablarse de franjas fronterizas «muertas», de estados consolidados y en paz, y de otras «de tensión», en zonas conflictivas, con territorios en litigio. Mayor interés socio-geográfico tiene el concepto desarrollado sobre el papel de la red viaria que conecta internamente y con el exterior un Estado. Cualquier ruta se identifica como obra del Estado, como un importante elemento de su maquinaria de dominio, ya que, aunque a simple vista parezcan hechos neutros que aseguran el movimiento de personas, mercancías e ideas, de hecho «son un medio o condición de poder», porque lo que constituye la ruta no es sólo su trazado y su calzada u otra obra física, sino «la seguridad permanente de paso», pudiendo afirmarse que «el establecimiento de las rutas es uno de los indicios más expresivos de la posesión política del suelo». En un estado moderno centralizado —Francia o España, en estos comienzos de siglo— la fuerza creciente del mismo puede medirse en función del progreso de las rutas», y aún en un Estado Federal, que precisa de menor cohesión, las vías principales son obra de la sociedad política. Cualquiera de los sistemas de transporte y acceso entra dentro de esta calificación: carreteras y ferrocarriles, las vías de agua continentales, aunque sean más lentas, y las salidas al mar con el acondicionamiento portuario de las costas.

Relacionado en cierto modo con lo anterior, la posición o situación de la capital del Estado es también un hecho político de carácter territorial, como aglutinadora de fuerzas y dominadora de accesos y vías rápidas para alcanzar los distintos sectores del Estado y organizar su estructura interna, sea regionalista o federalista, sea centralista. En estas décadas apunta ya, como un factor de desequilibrio, la congestión creciente de las capitales y las diversas respuestas posibles.

Todos estos aspectos quedan analizados en su carácter político y cambiante. Con visión de futuro, los geógrafos franceses señalan, a propósito de los tipos de estructura, que «los viejos Estados centralistas...tienen necesidad imperiosa de una nueva coordinación de las divisiones territoriales». El impulso, aún confuso al inicio de los años veinte, de esa búsqueda de un nuevo orden espacial es el «regionalismo» que califican como «un conjunto de aspiraciones nacidas de dos órdenes de hechos;...la rapidez y multiplicación de las comunicaciones, que hacen innecesario el mando único, y la racional distribución del trabajo y los intercambios...de modo que (los Estados del futuro) aprovechen los nuevos elementos de actividad y riqueza».

Igualmente se pone de manifiesto que en las relaciones entre los Estados «en el porvenir, no habrá aislamiento posible, espléndido o no— evidente alusión a Gran Bretaña—, para ningún Estado, por poderoso o débil que sea» en buena parte debido a la internacionalización de las relaciones económicas, todo lo cual repercutirá en la organización del espacio de cada nación: fronteras, rutas y localización de las capitales.

Los estudios posteriores, de los años treinta y cuarenta, a los que se ha aludido, utilizan fundamentalmente los conceptos territoriales en relación con la teoría del

Megaloestatismo, las «regiones activas», el «espacio vital», y el «expansionismo», tan queridos por los germánicos de entreguerras, como Henning o Haushofen, ya citados, o intentan justificar la organización del espacio internacional derivada del Tratado de Versalles, como en el caso de los británicos Bowmans o Fairgrave. La línea «pura» de la Geografía Política inicial es mantenida por algunos geógrafos, como el americano Bowman, que en sus trabajos condena claramente la orientación de la geopolítica alemana, defendiendo en cambio una Geografía Política bien entendida, sin desviaciones, u otros como Khis, Weigert, Dewent o Whitteley. En 1935, Hartshorne publica un trabajo sobre el estado de la cuestión, en el que se rebaten las tesis germanas, Demangeon un año antes, había analizado y condenado duramente la Geopolítica y Arcel, en 1938, muy hábilmente, a pesar de su influencia ratzeliana, revaloriza los «marcos regionales» y los «modos de vida» vidalianos, frente a la «politización» del análisis territorial. Otros autores, entre los que pueden citarse Melón y Cholley, en el inicio de los años cuarenta pretenden, como Bowman, desligar los contenidos y métodos de la Geografía Política y la Geopolítica, señalando que el ostracismo al que se condenó a esta rama geográfica, desterrándola de la enseñanza académica —sin que haya recuperado en la década de los ochenta su lugar— y de las investigaciones, «se justifica difícilmente...pues...la Geografía Política corresponde a una realidad» (MELÓN, 1941; CHOLLEY, 1942). En los años cincuenta esta disciplina está sólo en la memoria de algunos, bien sea para condenar sus desvíos, como hace Derruau, o para defender este enfoque no sólo como campo teórico de indagación que desarrolle teorías explicativas de la organización de los Estados, sino como ciencia aplicada, huyendo de los desvíos en los que cayó (MAÜLL, 1960; DERRUAU, 1962); algunos autores como Gohman, dan fe, sin embargo, de que se prepara una renovación (1952).

Hoy no podría extrañar que los estudiantes universitarios preguntasen si esta materia existe. Y sin embargo asistimos a un resurgir de los estudios de Geografía Política, aunque la continuidad de criterios, enfoques y métodos con su antecedente de principios de siglo apenas se mantiene.

## LAS ORIENTACIONES ACTUALES DE LA GEOGRAFÍA POLÍTICA Y EL ANÁLISIS DE LOS FENÓMENOS DE DOMINACIÓN DEL ESPACIO

El redescubrimiento de la importancia que los hechos políticos tienen en la organización y diferenciación del espacio coincide, en buena parte, con la etapa de renovación de la geografía y también de otras ciencias sociales. Los geógrafos vuelven a tomar conciencia de estas cuestiones ante el imparable fenómeno de internacionalización de las relaciones entre los Estados y las repercusiones mundiales que cualquier acción territorial tiene. Pero también la curiosidad y el interés por estos temas se apoya en puntos de vista ideológicos, más o menos radicales. Hay, por tanto, dos enfoques que a veces discurren paralelos y otras convergen. Uno de ellos enraiza con la Geografía Política clásica, haciendo del Estado el centro de su atención, aunque rebasa tal objeto enfocando igualmente el nivel supraestatal y el infraestatal. El otro indaga sobre los efectos concretos de las decisiones de la clase dominante sobre el espacio, como clave para controlar al resto de la sociedad y mantener el poder.



La Geografía Política, como heredera de la vieja tradición, ha renovado métodos y ampliado sus contenidos, diversificando sus temas de análisis desde hace una veintena de años. Los trabajos modernos tienen su inicio en el mundo anglosajón, quizá porque sufrió en menor medida el trauma de la aplicación de la Geopolitik nazi. A lo largo de los años sesenta y setenta proliferan estudios sobre aspectos generales, conceptuales y teóricos, o sobre cuestiones concretas, entre las que destacan los temas de frontera. En 1976, Sanguin recoge en un volumen bibliográfico más de 3.000 títulos de Geografía Política donde se pone de manifiesto tanto la orientación de los trabajos como el fuerte predominio de escritos en lengua inglesa frente a la pobreza francófona, a la que el mismo autor ya había aludido en algún trabajo anterior (SANGUIN, 1975 y 1976).

Lejos de aparecer estos estudios como una mera descripción de los hechos políticos, analizan sistemáticamente, como se incardinan unos en otros, dando pie a los análisis más concretos y teñidos de ideologías más radicales a los que se ha hecho mención. Algunas revistas geográficas progresistas, que ofrecen en sus páginas debates sobre temas candentes, como *Les Cahiers de Quebec* o *L'espace géographique*, dedican numerosas páginas e incluso números íntegros a problemas de Geografía Política (LES CAHIERS...1974; L'ESPACE...1976) con firmas de autores muy conocidos como Claval, Sevrin, Lacasse, Valussi o el citado Sanguin, entre otros. Entre 1969 y 1972 se celebran sucesivamente unas «Jornadas» de trabajo de carácter interdisciplinar teniendo como tema central «las fronteras», cuyas sedes son Bruselas, Lille y Goritzia, en las que participan activamente muchos geógrafos, entre los cuales Sojan, Kasperson, Jakson, Harrington, Gambi o Pécora. Se aprecia en toda esta labor el manejo de conceptos nuevos no sólo sobre la idea de frontera, sino sobre las relaciones entre la sociedad política y el espacio, y un intento por aclarar la importancia de las relaciones intersociales e interestatales y conocer los fenómenos de dominación que «dan una nueva dimensión al estudio de las relaciones entre el poder y el espacio» pudiendo concluirse que «los geógrafos sienten interés por rejuvenecer el cuadro conceptual de la Geografía Política» (CLAVAL, 1974).

La importancia de lo político en los factores geográficos y viceversa es puesta de relieve, por algunos autores, como Prescott, que considera, en palabras de Sanguin «tres etapas en la formación y puesta en marcha de una política en que la geografía puede ser significativa: por una parte los dirigentes políticos perciben algunos factores geográficos que influyen en sus políticas; por otra, una vez aplicada tal política, algunos factores geográficos se ponen de manifiesto; finalmente, la aplicación de determinadas políticas puede engendrar directamente hechos geográficos» (PRESCOTT, 1968; SANGUIN, 1981). En conclusión, «el objetivo primordial de los geógrafos que estudian la política pública consiste en determinar la importancia de los factores geográficos en este proceso», centrando su atención especialmente sobre la influencia espacial de las acciones políticas y sobre los elementos geográficos relacionados con ellas.

Pero en las posturas más radicales de la comunidad de geógrafos estos enfoques se quedan cortos. De hecho, para los que así piensan, toda la actividad geográfica debe ir encaminada a difundir la idea de que el saber sobre el espacio es un saber estratégico y por tanto hay que combatir para que la capacidad de amallizar el espacio, de pensarlo, no sea privilegio de las minorías en el poder, sino que se convierta

en una facultad normal para la mayoría (LACOSTE, 1977). Para ello subrayan claramente que «si la geografía universitaria es tan fácilmente utilizada con intención geoestratégica —como ocurre en las interpretaciones de Pinochet, como geógrafo—, es porque procede directamente y forma parte de ella...La geografía (tradicional) es la descripción y la puesta a punto, por su vocabulario preciso, de elementos tácticos...de una estrategia que es sólo militar o geopolítica, es decir...la geografía es, ante todo, originariamente el aprendizaje de los razonamientos sobre el espacio a todas las escalas» (VARLIN, 1977). Como órgano de expresión de estas ideas, ven la luz revistas específicas, como *Hérodote*, titulada «revue de Géographie et de Géopolitique», y otras recogen artículos o debates sobre cuestiones de dominación, espacio, poder y sociedad, como la norteamericana *Antipode*, la alemana *Roter Globus*, la francesa *Espaces et Société* o la española *Geo-crítica*. Algunos geógrafos, sociólogos o economistas han abordado el tema monográficamente, en profundidad, siempre partiendo del presupuesto de que el espacio es un producto social, construido por grupos humanos en permanente dialéctica y habitualmente controlado por la clase dominante, mientras la clase dominada-productiva ignora la importancia de las relaciones espaciales y la influencia que las construcciones realizadas sobre ese espacio, que habita, tienen en cada hombre. Así lo plantea Sánchez, en su trabajo sobre la Geografía y el espacio social del poder (1981), al que ya se ha aludido, y en esa misma línea, si bien referido a espacios concretos, están algunas investigaciones de Ortega (1979), (NAREDO, ORTEGA y OTROS, 1979), de Capel (1975) o los escritos, más conceptuales, de Milton Santos (1978), cuyo «tinte» geopolítico y social se trasluce cuando, tras defender una «geografía renovada», afirma que «o que proponemos como objeto dessa geografia renovada é o estudo das sociedades humanas em su obre de permanente reconstrução do espaço hereditado das gerações precedentes, através das diversas instancias da produção. Esa geografia renovada (espaciologia?) ocupar-se-ia do espaço humano transformado pelo movimento paralelo e interdependente de uma história feita em diferentes níveis —internacional, nacional, local». Igualmente responden a estos esquemas Díez Nicolás (1972), Castells (1977) o Fourquet y Murard (1978).

Los geógrafos radicales quizá han llevado al extremo la consideración del espacio como instrumento de poder, partiendo de esa ignorancia provocada en la mayoría de los miembros de la sociedad, pero es imposible dejar de lado el hecho de que las grandes obras públicas, aun cuando puedan considerarse como bien social, son decisiones de la Administración y conllevan la adjudicación de unos presupuestos y como es imposible abordar a un tiempo todos los equipamientos necesarios, se establecen unas prioridades que responden a consideraciones ideológicas y presiones de los poderes fácticos. Como ejemplo ilustrativo puede citarse el caso de los regadíos aragoneses, cuya rentabilidad social no se ha ponderado convenientemente, inconclusos tras un informe puramente economicista del Banco Mundial sobre la rentabilidad de los mismos, que sirvió de apoyo para la desviación de las inversiones hacia la construcción de otras obras públicas, sin duda de rendimiento más inmediato para algunos, con el consiguiente despilfarro en relación con las obras iniciadas, como el túnel de Alcubierre, o con el dinero pagado en expropiaciones. Pero la concepción de estos geógrafos rebasa incluso estos planteamientos pues intentan poner

de manifiesto como el espacio construido por el sistema capitalista lo es en función de un dominio de la clase productiva por la dirigente (Harvey, 1978).

Aún evitando estos extremos es inevitable considerar que esa relación espacio-poder existe y que los geógrafos no han profundizado en ellas suficientemente, tras el intento abortado de la Geografía Política clásica. Estamos de acuerdo con Claval cuando señala que «se ha hecho poco caso de las dimensiones espaciales de los actos de poder, la geografía Política se ha embarcado prematuramente en el análisis del Estado y no ha sabido nunca hacer la disección de los engranajes de los gobiernos y de su articulación sobre la sociedad civil. La parte de influencia, autoridad y poder que se dan en ella, al margen de las estructuras propiamente políticas ha sido olvidada por la mayoría de los sociólogos o economistas y exagerada por los marxistas... Un examen justo de los problemas supone que en toda la interpretación de los hechos sociales se tomen en cuenta la extensión y la distancia y que se dé importancia a la disimetría de las arquitecturas sociales», señalando, en otra parte de su obra, que «el espacio interviene de diversas maneras en la vida social y por tanto en el juego del poder... cuyos hechos... tienen una dimensión espacial resultante de los elementos que incorporan, donde los fundamentos ideológicos son muy importantes, por lo que parece imprescindible abordar su estudio dentro desde la Geografía Política (CLAVAL, 1982). Analizando las formas de acción de diferentes sociedades y regímenes políticos, Claval considera que los sistemas liberales modernos, evolución de los tradicionales, son los únicos donde existe un canal, un «feed-back» institucionalizado para que la clase política aprecie el efecto de sus acciones. Los gobernantes reconocen el espesor del tejido social, lo que impone una estrategia nueva de organización del espacio y de los vínculos sociales.

«Las asociaciones, los sindicatos y los grupos ideológicos se manifiestan, en la sociedad civil, como contrapoderes cuyo propósito es el de limitar y controlar las empresas y la administración». Pero nos cabe la duda de si estos «contrapoderes» conocen a su vez, suficientemente, el valor estratégico del espacio: la «ruta» y su «accesibilidad», retomando los conceptos de los clásicos, las inversiones en una región fronteriza de otro Estado fuerte, el efecto psicológico de un plan de regadíos, donde se establecen algunos criterios para seleccionar a los colonos, o el costo social —que no político— e incluso ecológico de las espectaculares obras hidráulicas que anegan valles montañoses o el mero hecho de tomar la decisión de acotar un área natural como reserva, desde el centro de gestión que es la ciudad, cuyas decisiones afectan al campo. Poner de manifiesto estas y otras cuestiones similares, de forma que la lectura del espacio geográfico y su comprensión formen parte del bagaje cultural de cada miembro de la sociedad, desde la escuela, es sin duda, como ya señalaba Lacoste y hemos citado más arriba, el deber primordial del geógrafo. De otro modo esos «contrapoderes» no podrán ser efectivos. Para ello, es cierto, debe considerarse a un tiempo el espacio como una construcción social pero, como subraya Sánchez, sin olvidar que el soporte geofísico de esa construcción no puede presentarse como algo estático, como una fotografía, sino como un agente activo en relación con procesos históricos «determinados» (mejor condicionados») por el marco físico y a la vez como un agente que ha sido preciso modificar para adaptar a las necesidades del poder en cada momento (SÁNCHEZ, 1981).

En fin, concluyamos diciendo que «el espacio no es un hecho aleatorio...y a través del modo de producción y los mecanismos implícitos en él, especialmente la división del trabajo, ...adopta unas articulaciones detectables y manipulables por el hombre, en especial por los que asumen el poder» (SÁNCHEZ, 1981), y si al hacer historia estamos haciendo geografía, entendiendo el término «historia» en su sentido amplio de hechos rurales, industriales, militares, técnicos, económicos, sociales, científicos o religiosos, al modo como lo indicaban Brunhes y Vallex (1928) o, dicho de otro modo, parafraseando a autor más moderno, es un hecho social, un hecho histórico que realiza una doble función que le asegura su condición: por un lado se define como un conjunto que a su vez también lo define, siendo simultáneamente productor y producto, determinante y determinado, revelador que puede ser descifrado por aquéllos a quienes revela, que al mismo tiempo que adquiere su significado auténtico atribuye un sentido a otras cosas. Así concebido es un hecho social, un factor social y una instancia social a un tiempo (SANTOS, 1980, 130). Desde esta perspectiva debe ser tenido en cuenta, investigado y puesto de manifiesto por los geógrafos en mucha mayor medida que lo han hecho hasta ahora. Es una necesidad social y es también prurito profesional. Si no somos capaces de demostrar que es imprescindible conocer las estrategias que adoptan o deben sobre el medio geofísico la sociedad y el poder en que ella ha delegado, considerando siempre el carácter dinámico y en interrelación permanente entre ambos, quizá debemos decir que hemos fracasado como geógrafos.

## CITAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRUNHES, J. y VALLEUX, C. (1928, 1ª ed. 1919). *Geografía de la historia. Geografía de la paz y de la guerra en la tierra y en el mar*. Jorja, ed. Madrid.
- CASTELLS, M. (1977). *Sociología del espacio industrial*. Ed. Ayuso. Madrid.
- CLAVAL, P. (1974). *Evolución de la geografía humana*. Oikos-Tau, Barcelona.
- CLAVAL, P. (1976). «Les géographes et les phénomènes de domination». *L'espace géographique*, nº 3, pp. 145-156.
- CLAVAL, P. (1982). *Espacio y poder*. Fondo de Cultura Económica. México.
- CHOLLEY, A. (1942). *Guide de l'étudiant en géographie*. PUF, Paris.
- DERRUAU, M. (1962). *Tratado de geografía humana*. Vicens Vives, Barcelona.
- DÍEZ NICOLÁS, J. (1972). *Especialización funcional y dominación en la España urbana*. Guadarrama, Madrid.
- FOURQUET, F. y MURARD, L. (1978). *Los equipamientos del poder. Ciudades, territorios y equipamientos colectivos*. G. Gili, Barcelona.
- GOTTMAN, J. (1952). *La politique des états et leur géographie*. Colin, Paris.
- HARVEY, D. (1978). «Trabajo, capital y lucha de clases en torno al medio construido en las sociedades capitalistas avanzadas». *Geografía radical anglosajona*, número monográfico de *Documents d'analisi metodologic en geografia*. Publ. Dep. Geografía. Univ. de Bellaterra. Barcelona. nº 1, pp. 143, 180.

- LACOSTE, Y. (1977). «Pour quoi Herodote?», *Geografías, ideologías y estrategias espaciales* (recopilación de *Herodote*, nº 1. Editor Ortega, N.), Dédalos, Madrid.
- MAÜLL, O. (1960). *Geografía política*. Omega.
- MELÓN, A. (1941). «Geopolítica o Geografía Política. Su posible contenido», *Estudios geográficos* n.º , pp. 5-33.
- MÉNDEZ, R. y MOLINERO, F. (1984). *Geografía y Estado. Introducción a la geografía política*. Cincel, Madrid.
- ORTEGA, N. (1979). *Política agraria y dominación del espacio*. Ayuso, Madrid.
- PRESCOTT (1968). *The Geography of State Policies*. Hutchinson Univ. Library. Londres.
- RATZEL (1897). *Politische geographie*. Munich-Leipzig.
- SÁNCHEZ, E. (1981). *La geografía y el espacio social del poder*, Los libros de La Frontera, Ed. Barcelona.
- SANGUIN, A.L. (1975). «L'évolution et le renouveau de la Géographie Politique». *Annales de géographie*, vol. 84-463, pp. 275-296.
- SANGUIN, A.L. (1976). *Géographie politique, bibliographie internationale*. Press Univ. de Quebec-Montreal.
- SANGUIN, A.L. (1981). *Geografía política*. Oikos-Tau, Barcelona.
- SANTOS, M. (1980). *Por uma geografia nova*. Hucitec, Sao Paulo.
- VARLIN, Th. (1977). «Pinochet, geógrafo». *Geografías, ideologías y estrategias*, op. cit., pp. 132 y sic.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1903). *Le tableau géographique de la France* (en Histoire de la France, vol. I), Lavisse, Paris.
- VON VAKLENBURG, S. (1957). «The german school of Géography», *Geography in the 20th century*, pp. 90-115.